

MIRANDA LIDA, *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes, 1749-1829*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, 230 pp. ISBN 9789502315584

Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes, 1749-1829, nos ofrece una nueva manera de entender las vidas de los revolucionarios; una mirada sobre la historia de la Iglesia, fresca y distante de las posturas dicotómicas de apologistas y detractores; pero particularmente a los lectores mexicanos, nos ofrece la posibilidad de conocer y contrastar una variedad de procesos de aquel movimiento continental y simultáneo, pero no concertado, que fue la independencia de las antiguas colonias españolas. La obra que nos entrega Miranda Lida, la biografía política e intelectual del célebre deán cordobés Gregorio Funes, tiene para nosotros ese interés adicional: nos permite apreciar la singular implantación de la Iglesia en los confines de aquella vasta monarquía, y los peculiares ritmos, las formas y cauces por medio de los cuales en esta orilla del Atlántico se expresaron las ideas de una era ilustrada y revolucionaria. Si podemos hablar de una ilustración a la manera francesa, anglosajona o hispánica, tal vez sea posible hablar también de una ilustración católica que se expresa a la manera rioplatense, quiteña o novohispana.

La investigación tiene su origen en la tesis de doctorado presentada por Miranda Lida en la Universidad Torcuato di Tella de Buenos Aires, Argentina. Reelaborada e incluso reinterpretada, esta investigación se convirtió en el libro que hoy reseñamos y que recoge la rica biografía de un personaje que muy pronto se identificó con la Revolución. Poco comprendida por la historiografía tradicional, su figura adquiere otros contornos a la luz de un enfoque que hace a los próceres personajes de carne y hueso, una mirada que está consciente de las ambigüedades de una época y que sitúa en su complejo contexto de extraordinarios desafíos, los grandes dilemas de los actores políticos.

Los Funes de Córdoba se hallaban entre los linajes dominantes de esta provincia mediterránea de la región del Plata. Vinculados, de antiguo, con el comercio de mulas, su actividad vino a menos a raíz de la crisis del orden virreinal, circunstancia que no logró que disminuyera del todo su participación en una red de relaciones en la que interactuaron con intendentes, virreyes y con connotados miembros de la élite política. La relación con estos últimos permitió que los Funes bien que mal desempeñaran cierto papel en el escenario inaugurado en 1810. De la familia, Gregorio fue sin duda el más sobresaliente y el que mejor consiguió proyectar más allá del ámbito provinciano sus ambiciones. Como nos refiere Miranda Lida en los primeros capítulos de la obra, Funes se doctoró primero en teología, y gracias al apoyo de su hermano Ambrosio, viajó a España en donde completó varios cursos hasta obtener el grado de doctor en ambos derechos en la Universidad de Alcalá de Henares. Poco afecto a las modestas tareas de un pastor de almas, su camino fue más bien el de jurista y hombre de letras, siempre ansioso de adquirir notoriedad en los círculos de poder de la flamante capital virreinal. Su trayectoria inicial no era muy distinta de la de aquellos individuos de las élites provincianas que lograban hacer una carrera eclesiástica exitosa: Gregorio ingresó al cabildo de su natal Córdoba, ascendió a canónigo, luego a dignidad de la catedral, y ocupó el cargo de deán en el que se mantuvo hasta el fin de sus días.

El libro nos muestra muy bien las peripecias de un personaje que está atrapado por dos ciudades: “cordobés de nacimiento, porteño por adopción”, Córdoba siempre le quedó chica al deán. Seducido por Buenos Aires, luchó todo lo que pudo para sostenerse allí, y aunque no consiguió la mejor posición en la jerarquía eclesiástica, logró cercanía y cargos de representación en sucesivos gobiernos emanados de la Junta de Mayo. ¿Cuántos interlocutores de su talla podía haber encontrado en la monotonía de su provincia, tan decaída tras la expulsión de los jesuitas y

habiendo declinado el peso de su Universidad, ahora motivo de disputa entre el clero secular y la tutela de los franciscanos?

Pero si la autora nos describe espléndidamente la trayectoria del personaje y los escenarios contrastantes de estas dos ciudades del Río de la Plata, la obra constituye sobre todo una contribución a los estudios que han venido a renovar la historia de la Iglesia y del clero, y particularmente de los temas que atañen a las ideas políticas del clero ilustrado.¹ Ante la complejidad que ofrece este tema, *Dos ciudades y un deán* propone no encasillar el pensamiento de los actores de entonces y recalca, desde sus primeras páginas, que “la falta de coherencia en las actitudes políticas y religiosas no son algo singular que haga de Funes una excepción”. En un ambiente en el que prevalecieron, como bien lo marcó la frase de François-Xavier Guerra, “las ambigüedades de la época”, la dificultad de reducir la acción y el discurso de los protagonistas a determinadas etiquetas cancela la posibilidad de comprenderlos. Época de grandes transformaciones, ciertamente, la historiografía sólo había apreciado —excepciones hechas— las grandes dicotomías entre lo antiguo y lo moderno, entre lo eclesiástico y lo secular, entre lo revolucionario y lo refractario. Desde esa perspectiva,

¹ Estudios pioneros como los de José Carlos CHIARAMONTE, entre los que pueden mencionarse *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el virreinato*, Buenos Aires, Punto Sur, 1989, y *Ciudades, provincias y estados. Orígenes de la nación argentina, 1800-1846*, Buenos Aires, Ediciones Ariel, 1997, abrieron brecha en ese sentido. Recientemente, los trabajos de Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, además de los de Miranda Lida, nos ofrecen un panorama muy interesante de la historia de la Iglesia en el Río de la Plata en esa época. Entre otros, puede verse de Roberto DI STEFANO y LORIS ZANATTA, *Historia de la Iglesia Argentina, desde la conquista hasta fines del siglo xx*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000. De Miranda LIDA, “Fragmentación política y fragmentación eclesiástica en el Río de la Plata. La revolución de independencia y las iglesias rioplatenses, 1810-1830”, en *Revista de Indias*, 231 (2004).

un personaje como Funes resultaba difícil de atrapar. En cambio, aquí la autora logra mostrar la riqueza de matices del discurso que el deán despliega bajo circunstancias particulares, en una época en la que todo parece ser posible. Hay cosas que no difieren entre lo que ocurre en el Río de la Plata y lo que ocurre en la Nueva España: se trata de letrados coloniales, formados en la teología moral, pero a su pupila abierta no le pasa inadvertida la propuesta de una época que combina la heterodoxia, el jansenismo, el pensamiento ilustrado y el catolicismo tradicional. Por supuesto que el Río de la Plata tiene grandes peculiaridades, de las que hablaré más adelante, pero volviendo a Guerra, “el espíritu de la época” es responsable de estas semejanzas.

El trabajo de Miranda Lida se propone, en consecuencia, superar viejas caracterizaciones que dieron lugar a largas polémicas entre los que denuestan y los que defienden, entre los que bajo distintas circunstancias se apropian de la figura del deán. Como autor de un dictamen sobre el real patronato, Funes ha sido exaltado por el papel fundacional que desempeñó su obra, en cambio, cierta historiografía confesional ha querido subrayar “las ideas pululantes” de Funes como para tratar de ocultar el alcance que las ideas heterodoxas pudieran haber tenido en la época. Por otra parte, don Gregorio nos dejó su autobiografía, un trabajo que como comenta la autora, fue escrito con la intención de unir el destino providencial del deán y la revolución de Mayo. La fecha de su nacimiento, un 25 de mayo, pero de 1749, preanuncia la de la instalación de la Junta y, de acuerdo con su propia apreciación, el deán se creyó pionero de la ilustración platense al introducir tempranamente las ideas de Rousseau en la oración fúnebre que predicó en honor de Carlos III, en 1789. Éstas y otras cuestiones que Funes recoge en su autobiografía, las comenta con suspicacia Miranda Lida, procurando darle la vuelta a la versión de revolucionario *avant la lettre* que de sí mismo nos ofrece el deán en sus escritos. En Buenos Aires, la Revolución se impuso en 1810. Y si

bien no tendremos una declaración de independencia, sino hasta 1816, la metrópoli está demasiado lejana y el poder se concentra en Buenos Aires. Desde la Junta de Mayo hasta “la feliz experiencia de Buenos Aires”, que ha sido magníficamente descrita por Tulio Halperin para referirse a la década de 1820,² es éste el centro en donde gravita el poder del antiguo virreinato y hacia el que se dirigen los reclamos de autonomía de las provincias del interior. La revolución disloca la antigua estructura eclesiástica al quedar aisladas las mitras sufragáneas del Río de la Plata respecto de Charcas, su capital arquidiocesana; el Alto Perú resulta impenetrable para los ejércitos porteños, en cambio crece la fuerza de atracción política de Buenos Aires. La historia del deán Funes expresa estas tensiones. Y la situación es muy distinta de lo que ocurre en la Nueva España, en donde la Iglesia se desgarró, defendiendo cada uno de los bandos su manera de entender “la verdadera religión”. En el Río de la Plata se discuten otras cosas, y en otro tono; muy pronto se plantea el delicado asunto del patronato, cuestión que se convirtió en todos lados en uno de los debates políticos más importantes de la siguiente década.³ En ese terreno, Funes realizó una contribución significativa. El asunto se analiza con detalle en el capítulo 9: allí se estudian los motivos, argumentos y matices del dictamen en el que el deán reconoció la legitimidad de ese derecho a petición de la junta de gobierno de Buenos Aires en 1810. El patronato se vinculaba inevitablemente a la soberanía y una serie de cuestiones de orden práctico, como promociones y nombramientos, pudieron resolverse cuando el gobierno porteño pudo actuar como vicepatrono. Sin embargo, en la medida en que se agravan

² Al respecto puede verse el clásico estudio de Tulio HALPERIN DONGHI, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1994.

³ Un panorama de la evolución del patronato en América Latina puede verse en John LYNCH, “La Iglesia católica en América Latina, 1830-1930”, en *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1991, vol. 8.

las tensiones entre la capital y el interior, el riesgo de que Buenos Aires acapare esta prerrogativa topa con los reclamos autonomistas de las provincias que amenazan con fracturar la organización eclesiástica del Río de la Plata.

Los lazos de Funes con los doctores del cabildo eclesiástico le redituaron cierta reputación y algunas promociones. Su docta opinión favoreció una postura compartida con ellos al optar por soluciones poco ortodoxas para resolver problemas del funcionamiento de una iglesia que iba mermando en vocaciones y nombramientos. Esto le permitió consolidar su estrecha relación con la corporación, al punto que después sería elegido senador por parte del cabildo eclesiástico, siendo el único cordobés al que una corporación porteña iba a concederle esa facultad.

El libro muestra muy bien el tipo de intelectual que era Gregorio Funes. Los capítulos 11 y 12 dejan constancia de que el deán no era un orador popular. Muy pocas veces se le invitó a predicar, y muy pocos sermones suyos fueron publicados. Su discurso era ampuloso y complicado; su imagen era más bien la de un letrado erudito, muy versado en materia jurídica, a quien las autoridades de Buenos Aires consultaron con frecuencia. Aunque Funes se esforzaba por tener presencia en la opinión pública, su manera de ser, taciturna y retraída, su discurso grandilocuente poco tuvo que ver con la sociabilidad que se estaba desarrollando en los cafés, la prensa y los ambientes porteños. Sin embargo, para algunos fue una autoridad venerable y su obra estuvo entre las de mayor relieve. Los tres tomos de su *Ensayo de la historia civil de Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, de 1816-1817, vino a llenar un vacío en tanto no existían otros relatos históricos sobre esa vasta región del continente. El opúsculo *Bosquejo de nuestra revolución* sentó un precedente en cuanto a mostrar un cuadro de la Revolución en el que todas las facciones aparecieron con sus vicios y virtudes, que ofrecían a la vez un juicio moral sobre la política de entonces. La descripción de sus escritos, sus fuentes, los debates en que se

enfrascó y el impacto de su obra, nos ofrecen un panorama rico y complejo de este intelectual, que con altibajos y desencantos, fue siempre leal a la revolución de Mayo.

El capítulo 13 se ocupa de un aspecto muy interesante de la época de la “feliz experiencia”. Se trata del reformismo de avanzada en materias religiosa y social que impulsaron en Buenos Aires los gobiernos de Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia. Funes participó intensamente en ese breve y radical experimento en el que fue posible plantearse la supresión de las órdenes religiosas y de los diezmos, además de la creación de un “senado del clero”, entre otras cosas. Por intercesión de Rivadavia, Funes pudo, incluso, en aquellos años dorados, debatir con el célebre abate Grégoire, uno de los grandes artífices de la Iglesia revolucionaria en Francia. Y aunque el flirteo del gobierno y la iglesia porteña con el galicanismo y la reforma del clero no dejaron de tener detractores que prefirieron hacer buena letra con el papado, no cabe duda de que estemos en un espacio de gran apertura, en el que muy pronto fue posible pensar en una Iglesia subordinada al poder civil. En este punto, me pregunto si la obra no le escatima un poco los méritos al viejo deán que, si bien estaba ansioso de hacerse notar, era capaz de animar proyectos tan audaces.

Es posible que para aquellos que buscan una historia política perfectamente coherente y sin altibajos, la última etapa de este hombre político que fue Gregorio Funes resulte aún más difícil de comprender que las anteriores. Sin embargo, a la luz del texto de Miranda Lida, la trayectoria de sus últimos años se comprende nuevamente por medio de su pragmatismo político, de su capacidad de actuar en función de las circunstancias. Sólo así se explica su aparente mudanza de posturas en torno de problemas como el de la tolerancia religiosa, asunto que Funes entendía muy bien, pero cuya oportunidad y pertinencia evaluó de acuerdo con distintas prioridades. En esa etapa final, su admiración por la figura de Bolívar y la constitución boliviana, tan impopular en Buenos

Aires, es una sorpresa más que nos depara el personaje. En ese aspecto, Funes nos regala una obra por demás ambiciosa: *Examen crítico de los discursos sobre una constitución religiosa considerada como parte de la civil*, de 1825. En ella el deán planteó la reforma de la iglesia en el vasto espacio americano. Su destinatario era Simón Bolívar, ¿quién más podía hacerse cargo de tan vasta empresa?

Al terminar la lectura, la obra nos deja la sensación de que, al final, cuando las tensiones entre el centralismo porteño y el autonomismo del interior resultaban irreconciliables,⁴ el deán estaba pensando en cambio en un espacio eclesiástico americano. Una apuesta que no puede atribuirse a las veleidades de una personalidad inquieta y contradictoria, sino que se explica por la necesidad que tienen los actores políticos de enfrentar los desafíos de una época incierta, una época en la que, por esa misma razón, era posible imaginarlo todo.

Ana Carolina Ibarra

Universidad Nacional Autónoma de México

MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, *Benito Juárez*, México, El Colegio de México, 2006, 2 vols. ISBN 968-12-1262-2

Benito Juárez es la obra del doctor Moisés González Navarro, editada por el Colegio de México en octubre de 2006, año del bicentenario del Benemérito de las Américas. La obra, compuesta por dos tomos en los que se distribuyen siete capítulos donde, como lo apunta el autor, se divide “la obra en cuatro partes [...] la época

⁴ Sobre este tema la historiografía reciente aporta interesantes trabajos. Al respecto puede consultarse la obra colectiva dirigida por Noemí GOLDMAN, *Nueva Historia Argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.